

El libro del tumor

Fragmentos de dolor y aprendizaje

Alejandra López Guevara

La enfermedad no tiene palabras. El suyo es un lenguaje de dolor y a menudo de impotencia. Alejandra López Guevara —Coordinadora del Colegio de Letras Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM— ha decidido darle la palabra a su propio mal y nos ofrece un testimonio vital de su lucha contra el cáncer.

Escribí *El libro del tumor* —cuyo título tiene origen en una de mis películas favoritas *El libro de cabecera* de Peter Greenaway— durante uno de los periodos más importantes de mi vida: los seis meses que luché contra un cáncer en la tráquea. Se trata de un diario en el que registré mi incredulidad, mi terror, mi dolor, mi fe, mi amor, mi perseverancia y la de cuantos me rodearon y apoyaron en esa etapa adversa y, no obstante, llena de luz. La gran mayoría de ellos, sin embargo, no aparece en esta suerte de resumen. En aquel entonces me angustiaba, más que la posibilidad de no superar la enfermedad, la de no dejar nada que permaneciera después de mi muerte. Así, *El libro del tumor* se transformó en mi hijo, en mi voz, en mi recuerdo, en mi posible legado, en mi única probabilidad para trascender. La escritura se afianzó como la herramienta precisa para comprender lo que me estaba ocurriendo, para dar significado a mi experiencia personal. Debido a que no considero que se trate de literatura, no teorizaré sobre mis palabras. A lo largo de la grave situación de enfermedad por la que atravesé, ellas me contuvieron: fueron el inmenso recipiente donde habité y, al mismo tiempo, la barrera que contrarrestó la fuerza demoleadora

de mi angustia. Lo que se lee a continuación, espero, constituye un ejemplo de su inconmensurable fuerza.

Fue en diciembre de 2003 cuando me fue diagnosticado un nódulo en tráquea cervical. El cuadro de disnea y estertor constantes que padecí durante meses, y que una otorrinolaringóloga confundió con un cuadro asmático, se agravó de manera alarmante:

Lunes 1º de diciembre

La respiración es casi imposible. Jadeo, resoplo y el aire parece no llegar a mis pulmones. Una insoportable sensación de angustia me avasalla cuando experimento la inminente aproximación de la asfixia.

Suena el teléfono de la Coordinación. Estoy sola en la oficina y contesto con una voz entrecortada, rota, casi gimiendo. El [doctor Soto] secretario general de la Facultad se impresiona tanto al escucharme que ni siquiera menciona el asunto por el que ha llamado: “—Vaya al médico —me dice— deje todo y vaya al médico”.

[...]



Michael Maier, *Atalanta fugiens*, Emblema xi, 1618



Michael Maier, *Atalanta fugiens*, Emblema xii, 1618

Haré lo que sea para evitar el sofoco. Me cuesta tanto esfuerzo subir las escaleras, caminar, hablar... ¡Dios mío, Dios mío, ayúdame! No resisto esta sensación de agotamiento.

Cinco días después pude ver en las placas de una tomografía, acompañada por el doctor Carlos Argüelles, mi médico particular, “un tumor en la tráquea, un nudo inmenso justo en medio de mi garganta”. Fue impactante advertir que ocupaba casi la totalidad del conducto respiratorio y que el aire entraba y salía a través de una ranura minúscula.

Aún me sorprende que para el día 9 yo ya estuviese en el consultorio del doctor Sergio Rodríguez Cuevas, oncólogo especialista en cabeza y cuello. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, fue Director del Hospital de Oncología del IMSS y Presidente de la Asociación Mexicana de Oncología. No dudé de su diagnóstico final aun cuando no sabía en aquel momento que este hombre había sido el único en ver lo imposible en tres ocasiones:

Revisa las placas de la tomografía y coincide con mi médico general: “—Un tumor en la tráquea cervical”. Noto preocupación y extrañeza en su rostro. [...] Abre un libro de su autoría y me entera de que en el Instituto Mexicano del Seguro Social se tiene el registro de dos casos en un periodo de veinte años, ambos cancerígenos, el último en 1989.

Si había sido demoledora la noticia del nódulo en mi garganta el saber que, además, yo era *uno de los bichos más raros del planeta*, me paralizó: Soy el tercer caso comprobado en la Ciudad de México en treinta y cinco años. Existen menos de mil registros en todo el mundo desde 1870 y 90 por ciento han sido cancerosos. No se sabe

qué origina este tipo de tumores. Lo han padecido niños, ancianos, mujeres y hombres, fumadores y no fumadores. No hay parámetros para definir su evolución. La vulnerabilidad que experimenté a partir de esta información fue contrarrestada unas horas después por la voz del doctor Argüelles:

“—No descartes la posibilidad del ISSSTE. Si te operan ahí no lo hará el internista que extirpa los apéndices. A ti te va a tocar ‘un tigre de Bengala.’” No había apreciado, hasta este momento, la fortuna que implica tener un tumor raro: todos, los mejores, estarán pendientes de mí.

Efectivamente fui atendida en el Centro Médico Nacional 20 de noviembre por una inusual y extraordinaria “manada de tigres de Bengala” comandada por el doctor Héctor Gurrola (joven y brillante oncólogo especialista en cabeza y cuello, alumno dilecto de Rodríguez Cuevas). Muchos especialistas intervinieron casi desde el inicio en mi caso: otorrinolaringólogos, neumólogo, psicoterapeuta, radioterapeuta, foniatra, dermatólogo y un ejército de enfermeros.

El dolor físico se hizo presente a los pocos días de mi ingreso al hospital, en enero de 2004, y permaneció constante y obstinado hasta inicios de mayo. Recuerdo especialmente tres ocasiones críticas. La primera con el doctor Hussein, neumólogo originario de Etiopía, quien, en una broncoscopia, cepilló el tumor con el objetivo de conseguir muestras para una biopsia:

Jueves 8 de enero

Me bajan a las diez al laboratorio de endoscopia y espero cerca de media hora a que el doctor Hussein prepare la sala

Michael Maier, *Atalanta fugiens*, Emblema xxxiv, 1618Michael Maier, *Atalanta fugiens*, Emblema xlii, 1618

y el instrumental. [...] Me describe el procedimiento exploratorio que me hará. La verdad, no me gusta nada.

La enfermera que lo asiste aprovecha que estoy canalizada con suero para inyectar en el tubo un tranquilizante mientras Hussein aplica cuatro disparos de Xilocaína en mi garganta. ¡Sabe espantosa!

El aparato me lastima horriblemente desde el principio. Siento que revienta mi fosa nasal derecha. Hussein llena ambos orificios nasales con gotas de calmante. Aspiro y siento que me ahogo. Vuelve a entrar por el mismo sitio.

El dolor me rasga de una forma inimaginablemente violenta. Cuando llega a la glotis estoy a punto de enloquecer. Me pide: “—Diga fiiiiiiiiii, para poder pasar las cuerdas y llegar a la tráquea”. El sonido que emito es casi agónico. “—Ya entré”, me avisa. Estoy a punto de sucumbir. La enfermera repite una y otra vez: “—Relájese, relájese”. ¿Cómo hacerlo si lastima tanto y el aire ya no entra a mis pulmones? Cuando llega al tumor empiezo a vomitar flemas y jugo gástrico. La enfermera se apresura a aspirar. Por cada una de las tres cepilladas que Hussein hace al tumor, vomito y tengo crisis respiratoria.

A pesar de mi desesperación por sentir fuera de mi garganta el tubo, cuando el doctor hace la última maniobra, no advierto ninguna mejora en mi respiración. [...]

Me sientan en la camilla porque la inhalación se vuelve casi imposible. La enfermera me sugiere que me tranquilice y ambos salen de la sala. Continúo empeorando. Siento como si un tigre me hubiese arañado la garganta. Percibo el olor y el sabor de la sangre en mi tráquea.

[...]

La enfermera regresa justo cuando mis esfuerzos están a punto de volverse inútiles. ¡Me duele espantosamente! Inyecta otro medicamento a mi tubo. Aparece el rostro preocupado de Hussein y me pide que tenga calma en lo que llevo a mi habitación. Da órdenes para que el camillero

me suba rápido a oncología. Cuando llego al tercer piso, enfermeras y médicos ya están enterados de la dificultad respiratoria que sufro y del dolor terrible que me somete. No puedo explicarles nada —de todos modos mi rostro lo dice todo—. Antes de salir del laboratorio mi voz ya era inaudible.

El resultado sorprendentemente infructuoso (patología reportó un simple “cuadro inflamatorio”) obligó al doctor Gurrda a solicitar al jefe de otorrinolaringología su intervención. El 30 de enero, el doctor Francisco Sánchez Ortega me extirpó el tumor, asistido por dos de sus residentes, ambas me describieron posteriormente el procedimiento quirúrgico:

El doctor Sánchez intentó, tras introducir por mi boca un tubo metálico con el diámetro suficiente para manipular el tumor, no realizar la traqueostomía, pero le fue imposible. La pequeña ranura por la que yo respiraba le impidió la intubación desde la cavidad oral. Después de asegurar mi respiración con la cánula de plástico que ahora sale por la parte frontal de mi cuello, cortó el tumor. [Dicen] que él comentó que nunca había sacado algo tan gigantesco [...] de la garganta de alguien. Dejó libre más del 95 por ciento de la luz traqueal. Después cauterizó la zona de la que desprendió el nódulo. ¡Cómo no me iba a doler al despertar de la anestesia!

La cauterización de la tráquea, cuya mucosa es sumamente parecida a la del interior de la boca, y la traqueostomía, en la que se empleó inicialmente una cánula de plástico que irritaba el conducto y provocaba una enorme cantidad de flemas, hicieron de mis días subsiguientes un martirio. Cada vez que tosía (por cierto, con un escándalo tan absolutamente inaudito que me avergonzaba) conseguía expectorar, pero las flemas eran tantas

que algunas se fueron secando en el interior del conducto respiratorio. Llegó el momento en el que resultó imperativo aspirarme la garganta y, para ello, era necesario meter un poco de agua con una manguerita que se introducía por la cánula y después aspirar con otra manguera antes de que empezara a ahogarme.

La madrugada del 3 de febrero hizo su aparición la *hermana de Frankenstein* en la figura de la enfermera Ruth, quien estuvo a punto de mediomatarme al realizar la maniobra del aspirado. Sentí que la manguera llegaba más abajo que de costumbre, casi hasta los bronquios, donde raspó todo lo que encontró a su paso. Las posteriores aplicaciones, vía intravenosa, de Dolac y Dipirona no sirvieron de nada. Fue éste el segundo periodo de dolor:

Sobrevivo a esta noche y me descubro como una mujer de poca fe: permití, sin resistencia alguna, que el dolor me sometiera, que la sensación punzante, desgarradora, delirante, enloquecedora invadiera no sólo mi cuerpo, sino mi conciencia. [...] al percibir el dolor como una avalancha sobre mí, me paralicé por completo. Simplemente no pensé. Me convertí en una cosa casi agonizante cuya única certeza era el sufrimiento.

Justo una semana después, el 10 de febrero, recibí, de mano de una de las residentes de otorrinolaringología, una hoja impresa con las conclusiones a las que llegó el laboratorio de patología: "Carcinoma adenoideo quístico". En ese instante lo único que deseé fue que mi madre, quien me acompañaba en esos momentos, no me preguntase cuál era el significado de esas palabras. Sin embargo, la situación fue insalvable. Cuando le respondí que se trataba de cáncer, cerró los ojos:

Veo cómo la invade el dolor y el miedo. La miro, desgarrada, y lo único que soy capaz de pensar es: "No se va a caer". Igual que yo, de manera asombrosamente rápida, se recupera. "—Todo está bien, mami. Todo va a estar bien", le digo. Es la certeza que tengo y, hasta ahora, el único consuelo que puedo ofrecerle.

Un par de días después discutí con el doctor Gurrola las posibilidades de la cirugía. Cada momento que me fue posible investigué en libros y en Internet todo lo relacionado con tumores de tráquea cervical. Sabía que el procedimiento quirúrgico *tradicional* denominado

"Resección traqueal segmentaria con anastomosis término-terminal" implicaba una gran incisión ("de collar") de lado a lado en la parte baja del cuello y otra del punto donde se unen cabeza y cuello hasta el extremo del esternón. Se separa la tráquea del esófago. Los anillos traqueales afectados se resecan y extirpan y los dos extremos del conducto se unen. Como la tráquea queda tensa debido a la disminución de su longitud, se aplica una sutura de 5 cm de la barbilla al pecho, posición que se mantiene durante dos semanas. La cirugía era aterradora e inevitable, sin embargo, no estaba dispuesta a que el equipo capitaneado por mi oncólogo me dejara destazada. Al final de aquella conversación no pude evitar decirle: "—Usted y yo estamos de acuerdo en que soy preciosa, ¿verdad?". "—Sí, Ale, eres preciosa". "—Pues me deja tal y como estoy después de que me corte o no me pone un dedo encima". "—Te lo prometo". Y cumplió su palabra: pasó el bisturí justo sobre la cicatriz de la traqueostomía y no realizó la incisión vertical sobre el cuello hasta el esternón. Hizo la lazada de la barbilla al pecho en 7 cm y me dejó en esta posición cinco días y medio, los peores de mi vida.

Viernes 20 de febrero

Despierto en la sala de recuperación. Voces. Las de Gurrola y ¿Sánchez? Dolor y cansancio. Me cuesta tanto respirar. Estoy prácticamente sentada. Descubro una segunda venoclisis y un drenovac que extrae sangre de mi cuello, ahora tenso y curvado al frente. Toco las puntadas que van de mi barbilla al pecho. ¡Dios mío! ¡La agonía comenzó!

Gurrola se acerca. Ve mi desazón. Le digo que no puedo respirar bien. Toma mi mano derecha con la suya y examina cuidadosamente cada dedo. Los acaricia como para darme consuelo. No están morados, pero pide que me conecten al oxímetro. [...] Me mantienen en observación un par de horas. ¡Estoy tan incómoda! ¡Me duele tanto, tanto! Para colmo descubro la sonda en mi uretra.

Por fin me llevan a mi cama. ¡Me siento tan mal! Las flemas sanguinolentas empiezan a obstruir mi respiración, pero no tengo fuerzas para toser y despejar mi garganta.

[...]

Llega la noche y todo se complica: el dolor, la respiración, las flemas. Abumada por mi situación, [mi madre] no me ayuda como lo necesito: no se decide a golpear fir-

*El libro del tumor se transformó en mi hijo,
en mi voz, en mi recuerdo, en mi posible legado,
en mi única probabilidad para trascender.*

memente mi espalda [...] para que yo consiga expectorar los coágulos. Le aterrera lastimarme.

Pasar saliva se convierte en otro problema: la posición de los conductos está alterada y resulta imposible no ahogarme con cada intento por tragar. La laringe ha quedado más baja y lo que debería parar en el esófago cae directamente en ella. La situación se torna insoportable y el [médico de guardia] manda conseguir un lebelillo para que escupa en él.

Sábado 21 de febrero

Después de medianoche mi cuerpo parece incapaz de sobreponerse al cansancio enorme que lo martiriza. El dolor y los esfuerzos por toser me han llevado a los límites del agotamiento. Cierro los ojos. ¡Estoy tan cansada de respirar! No creo poder con la siguiente inhalación ni creo superar esta noche. Dios mío, me abandono en Ti, Señor, hágase Tu voluntad.

La noche avanza como entre una niebla oscura mientras permanezco sentada sobre la cama y, cuando preguntado a [mi madre] la hora y ella responde que son las cinco y media, tengo la certeza de que sobreviviré.

[...]

¡El cuello, la parte alta de la espalda y los hombros se me revientan! [...] Medicamento indicado: Valium. ¡Ojalá hubiese sido morfina!

Domingo 22 de febrero

Mañanada de delirio.

No puedo asegurar si es el dolor o el Valium o si empiezo con uno y continúa con el otro, pero la noche que paso con Chelo, mi prima, es la peor de mi vida. Todo me lastima, me exaspera, me hace enloquecer.

Las imágenes, los sentimientos, las sensaciones, los sonidos, las sombras, las luces, los olores, todo, todo se mezcla hasta formar una melcocha horrenda, aterradora, incontrolable.

El sufrimiento físico se empalma con el estado delirante, avanza sin freno. Mi situación es, básicamente, insostenible. Y, a cada instante, de lo único que tengo conciencia es de mi cuerpo agonizante, del dolor, del delirio y de mi infinita impotencia ante lo que me sucede.

A un mes de la resección traqueal inicié las treinta radiaciones que el doctor Fernández, jefe de radioterapia, consideró suficientes para erradicar definitivamente mi cáncer. Justamente hasta la mitad del tratamiento, me la pasé muy bien: comía sin dificultad y dormía como oso. Hubo un par de días en los que estuve despierta sólo cuatro horas. Cuando le comenté sobre mis “crisis de

narcolepsia”, Fernández me dijo: “Disfruta. Duerme ahora todo lo que puedas”.

A partir de la sesión decimoquinta mi cuerpo reaccionó ante la agresividad del tratamiento: la piel se me quemó hasta ponerse negra —bajo una capa fragilísima parecida a papel cebolla carbonizado, se alcanzaba a ver la carne viva de un rosado intenso—; la garganta se inflamó e irritó de tal modo que, durante semanas, debí alimentarme con papillas; el dolor volvió, empecinado, desquiciante —respirar y tragar se convirtieron en acciones terriblemente difíciles—; el vómito apareció incontrolable —varias veces arrojé bilis negra, incluso hubo un día en que devolví en nueve ocasiones—, y el sueño se esfumó.

En una de mis citas con el doctor Fernández le reclamé: “—Yo estaba tan feliz cuando el doctor Gurrola me dijo que serían radiaciones en vez de quimioterapia. Supuse que era un tratamiento mucho más amable”. Él me aclaró: “—La reacción es acumulativa y, salvo por la pérdida del cabello, las respuestas del organismo son exactamente las mismas.”

Concluí el 17 de mayo. Ese día subí al segundo piso del edificio de consulta externa para reunirme con mi oncólogo. El doctor Gurrola se alegró muchísimo al verme y me extendió una hoja de incapacidad por treinta días. Casi enfurecí. Lo único que yo quería era regresar a trabajar. “—Me lo vas a agradecer”, me dijo después de besarme en la mejilla. Y eso fue justamente lo que hice un mes más tarde. Las primeras dos semanas tras el martirio de la radioterapia fueron infames. Pero, después de ellas, mi cuerpo se recuperó asombrosamente rápido. Amplié el rango de movimientos del cuello día con día. Incluso pude empezar a conducir el coche otra vez. La doctora López, mi foniatra, y el doctor Jaimes, mi dermatólogo, contribuyeron a la última fase de mi restablecimiento.

Volver a la Facultad fue uno de mis máximos triunfos. Todos —colegas, administrativos, alumnos— se alegraron muchísimo al verme de nuevo. Celebré con muchos de ellos mi retorno. Cumplimos las promesas hechas durante mi temporada de reclusión en el hospital y en casa. Retomé la cotidianidad con mucho más amor y agradecimiento. Cada día se convirtió, desde entonces, en un regalo.

Mi cumpleaños se aproximaba y era importante que recapitulara mi experiencia de vida. Redacté una carta para mí en la que describí los aprendizajes que había conseguido en la última temporada.

Ciudad de México, 1º de agosto de 2004

A dos semanas de mi cumpleaños (el primero del resto de mi vida) escribo para felicitarme y para recordar.



Michael Maier, *Atalanta fugiens*, Emblema xxxiii, 1618

¡Qué alegría saberme aún aquí! He recuperado mi salud. Superé una enfermedad aterradora y terrible y eso es digno de celebración. Me miro en el espejo y sonrío. No puedo creer que padeciera cáncer alguna vez. Luzco como si nada hubiese pasado.

Soy privilegiada. Siempre he sido consciente de ello. Mi vida ha estado tan plena de bendiciones que, de sólo pensar en enumerarlas, me avergüenzo. Y la mejor de todas sigue siendo el amor: todo el que doy y el que recibo. ¿Qué habría hecho sin el de Dios, inmenso e incondicional? Hoy sé que la oración funciona siempre y que la fe produce milagros, el de la vida misma, leve y frágil, maravillosa y extraordinaria, cuya esencia se experimenta en cada respiración.

La certeza de la fugacidad de la existencia me llevó a comprender que no tengo el control de todo y que quien no cuenta con el dominio de lo que le sucede debe, forzosamente, aprender a confiar en los que lo rodean, sobre todo en Dios.

Hoy soy capaz de definir y realizar aquello que está en mis manos resolver, hacer lo que es posible. Sé que Dios se encarga de lo imposible. Y tener esa confianza de que puedo dejar en Sus manos la carga que ni yo, ni mi familia, ni mis amigos podemos sostener me llena de un alivio

y de una tranquilidad inefables. En medio de esta sensación he dejado de temer a la muerte. Es tal mi confianza ahora, que la frase “Hágase Tu voluntad” (una de las más impactantes que haya forjado la humanidad y que pronuncie sólo para mí aquella noche agónica en la que creí no resistir) ya no me marca de manera angustiante, ya no me hace sentir impotente o amenazada [...]. Así es que, llegado el momento, estoy segura de que sabré olvidarme, ofrecerme, entregarme con toda humildad y gratitud.

Entender que la pregunta a mi enfermedad no era: “¿Por qué a mí?”, sino: “¿Para qué a mí?” fue fundamental para no caer en una desesperación infructuosa, para emprender las tareas de aumentar mi fe y trabajar en y con lo que estaba en mis posibilidades con el objetivo de recobrar mi salud. Pero obtuve, además, un beneficio adicional: hoy soy espiritualmente mucho más fuerte de lo que jamás creí.

Claro está que, al inicio de este proceso, fue inevitable la presencia de la incredulidad, del enojo, de la negación, del miedo, del llanto. Aprendí que llorar es necesario en casos como el mío, pero reír siempre es mejor. Reír y compartir la risa me permitieron, junto con la fe, mantener el ánimo a pesar del inmenso dolor físico y, con ello, constaté que la recuperación se gana a partir de una buena actitud.

[...] Aprender a cuidar mi corazón ha sido algo de lo más valioso que me ha sucedido. De pronto, y acaso como consecuencia de ello, me siento saturada de paz. Por primera vez lo que pienso, lo que siento, lo que hago y lo que digo han obtenido una dimensión y una coherencia justas. Y me sé, a partir de estas acciones, contribuyente responsable de mi felicidad.

La voz emitida o encerrada en grafías siempre ha tenido un desempeño fundamental en mi vida y también, tras esta etapa, ha adquirido un significado más complejo. Me he percatado de que las palabras tienen mucho más poder del que suponía: poseen la capacidad de la creación. Dios mismo era y sigue siendo Verbo y fue el sonido de Su voz lo que permitió la existencia de todo. Sólo a partir de lo escrito o lo dicho las cosas son (o por lo menos adquieren presencia). Octavio Paz sabía esto cuando hizo para Laura Elena, su hija, el poema “Niña”, cuyo primer cuarteto es el siguiente:

Nombres el árbol, niña.
Y el árbol crece, lento,
alto deslumbramiento
hasta volvernos verde la mirada.

El árbol, el cielo, la montaña, la fortaleza, la esperanza, la fragilidad, la lágrima, la ternura, el amor tienen posibilidades de ser cuando se dicen. Y el tiempo para que existan es hoy.

No se puede contar con la certeza de concluir este día y es aventurado asirse al de mañana. Hoy es el mejor momento (con todo lo que tiene y con todo lo que no tiene). Su perfección estriba en las pequeñas y grandes maravillas que encierra. En este sentido es mucho más importante y trascendental advertir el prodigio de que en un árbol cargado de lluvia se han quedado prendidas todas las estrellas del universo que enojarme y desesperar porque me encuentro atrapada en medio del tráfico citadino provocado por un chaparrón.

Desaprovechar ésta y muchas otras posibilidades de percibir la magia del día equivale a una pérdida incommensurable. “Hubiera” no es, en realidad, pretérito de subjuntivo, es tiempo perdido.

[...]

Todo aprendizaje es luz, aun cuando se haya originado en el quebranto o, incluso, en el horror. Y en todo monstruo, independientemente de su naturaleza, habita un germen de resplandor.

Si pudiera resumir en una imagen lo que soy a partir de todo lo que ahora sé, diría que me he convertido en una flor luminosa cuyos pétalos están abiertos. Mis aprendizajes se resumen en la acción de la apertura: me abrí a Dios, a la sorpresa de una cosecha insospechada de cariño, atenciones y apoyo inmensos por parte de

familiares, amigos y desconocidos, a la solícita y amorosa constancia de mi madre y de mis hermanos, a la aventura de recuperar la presencia de mi padre, a la posibilidad de la muerte sin experimentar miedo, a la posibilidad de la vida plena y extraordinaria (también sin experimentar miedo), a la responsabilidad de ser feliz y contribuir a la felicidad de los demás sin permitir el abuso, a la realidad de existir este día (el mejor de todos), a la certeza de que la voz interior (llámese intuición o conciencia) salva, a la alegría de abrir los ojos (y el cuerpo entero) para descubrir la belleza y la bondad, a la advertencia de las cicatrices evidentes y ocultas (recordatorios de los caminos errados por los que transité) y al amor (que por primera vez no es angustia ni ansiedad, sino solaz y alegría).

Esta tarde, como un regalo perfecto, encontré en un libro la descripción exacta de lo que siento retratada en un poema de Luis Rius, el maestro:

Qué romper de capullos, qué florido
sucederse, minuto tras minuto,
el tiempo entre mis manos... y el olvido.

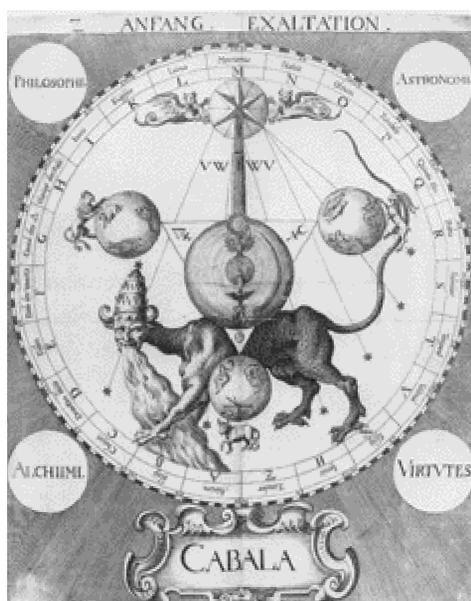
¿Qué haré con tantas flores este día?
Mi tiempo llega y pasa, sin dejarme
organizar la luz que es toda mía.
¿No quedará un minuto floreciendo
más espacio y yo pueda
vivir dos veces lo que estoy viviendo?

Nunca, como hoy, la vida fue más preciosa.

A principios de septiembre de 2004 me hice asidua comensal de la cafetería Azul y oro, la más prestigiada de la UNAM. Mauricio Estrada, el gerente en aquel entonces, reparó en mi presencia constante y empezó a invitarme postres y café. Lo hizo durante varias semanas, hasta que una tarde le pedí que se abstuviera si no quería verme bajar rodando por la escalera.

Con él no fue amor a primera vista. Sé que sabe que es muy atractivo. Y ya que el espejo le confirma todos los días su galanura, decidí que yo no contribuiría a aumentar su ego. Me resistí a su encanto externo, hasta que percibí el interno.

No podría asegurar si le causó extrañeza, que en lugar de ensalzarlo, lo obligase a decirme que soy preciosa —aunque él prefiera llamarme “princesa”—, pero lo cierto es que empezamos a tratarnos con afecto. Tras algunos intentos fallidos, un lunes, mientras yo corregía los trabajos de mis alumnos, se sentó a mi mesa y en vein-



Steffan Michelspacher, *Anfang. Exaltation*, 1616

te minutos me enumeró los acontecimientos más importantes de su existencia. Él no sabía que justo la semana anterior había hablado con Tere —sobreviviente del cáncer, igual que yo— sobre mi necesidad de llorar y el bloqueo que no me lo permitía. Ella me aseguró: “—El día menos pensado llorarás. Una película, una canción, cualquier cosa será el pretexto. Volverás a sentirte vulnerable y podrás sacarlo todo”. A eso me llevó la conversación que tuve con Mauricio Estrada. Resultado de esa plática fue una carta que escribí para él y que una tarde le leí. Con ella esperé dar por concluido mi viaje por una enfermedad que —lo digo con la mayor humildad y convencimiento— ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

* * *

Ciudad de México, 3 de mayo de 2005

Querido Mauricio:

Ayer, cariño, no imaginaste el otro regalo que me diste junto con la maravilla invaluable de tu confianza: encontré una ruta que extravié hace más de un año a partir de un ejercicio de compasión contigo (en el sentido estricto, “compasión” significa “sentir como el otro”).

“Secuestro y cáncer no pueden compararse”, dijiste. Y yo te respondí, por mera intuición, que son lo mismo. Horas más tarde, en la noche, caí en la cuenta de que mi comentario encerraba una verdad terrible y, a pesar de ello, luminosa: Viviste en un par de días, condensada e intensamente, el horror, la agonía, la impotencia, la angustia, la vulnerabilidad, el dolor, la violencia. Igual-

mente apabullante, pero diseminada en seis meses, fue mi experiencia.

Ambos, aunque las diferencias circunstanciales han sido muchas, debimos enfrentar inmensamente solos —a pesar de la esperanza de los otros, del amor de los otros, de las oraciones de los otros— una situación extrema que ninguno pensó sufrir jamás.

Fuimos presas de victimarios distintos y, sin embargo, la pena resultante fue la misma para los dos: nuestra conversión —durante el trance— en seres desgarrados, sin control de su realidad; en seres cuya conciencia ineludible fue la de haber perdido el completo dominio de sus vidas: tú desde fuera, yo desde dentro.

Nietzsche dijo alguna vez: “El cuerpo es un misterio”. Eso es absolutamente cierto. Lo comprobé. ¿Cómo se controla el crecimiento de un tumor canceroso en la tráquea? La maldad humana es también un enigma. ¿Qué lleva a un hombre a lastimar a otro, a fracturar su existencia con absoluta impiedad?

Ambos fuimos arrojados, maniatados y amordazados a la oscuridad de la incertidumbre y, no obstante el terror, decidimos superar el infierno que nos fue impuesto —ya con voluntad férrea, ya por inercia. Guardamos en un resquicio insospechado de nuestro interior el pequeño fulgor esencial de lo que somos para no morir del todo.

En mi caso, encontré el camino a ese lugar secreto debido a que me vi ayer en ti. Te transformaste, sin pretenderlo, en mi espejo y en mi reflejo y, con ello, me rescaté del dolor que durante tanto tiempo mantuve a distancia, en una suerte de mecanismo de defensa que, a la larga, sólo consiguió colmarme de ansiedad.

Sé que, en su momento, ser valiente era prioritario. Lo he sido a partir de diciembre de 2003. Desde entonces sólo me permití llorar dos veces: cuando me diagnosticaron el tumor y días después de que me confirmaron el cáncer. Esa última ocasión tuve el deseo inmenso de evadirlo todo, de despertar (de una vez por todas) del mal sueño, de convencerme de que no era yo la que estaba tan enferma, de que no era yo la que estaba destinada al sufrimiento físico durante los próximos meses. Un par de sollozos se volvieron astillas cuando descubrí que la pesadilla era verdad. Me comprometí a hacer lo posible por transformarla. Así fue como soterré el dolor y omití el llanto, pero no conseguí eliminar su presencia latente —amenazadora, al fin y al cabo— de mi vida.

Con el paso del tiempo la sensación de estar saturada se tornó insoportable. Mi alegría y mi desesperación crecían a la par, pero esta última no encontraba el detonador que me llevaría al alivio. A veces, mi cielo, las soluciones llegan, como regalos inesperados, de gente que ni imaginas... Lo único que tuve que hacer fue voltear hacia ti, para verte y para verme. Dejé, por fin, que todo fluyera. Ayer aprendí que la fortaleza puede verse también detrás de las lágrimas. **U**